

Al monte no han de venir,  
y solo te daré indicios  
que, antes que por estos cerros,  
has de echar por esos trigos.

Creí del oráculo fácilmente que esto podría ser; porque, echando por ellos, hallarían mucho campo en qué discurrir para cumplir con los asuntos que les diera la Academia todos los lunes, estando particularmente destinado á su favor, en la semana, este día para la Academia.

Para solo prevenir  
que, á ausentes ni circunstantes,  
si acaso mal escribieren  
no les dén con la del martes.

Pero no quise buscarlos en campaña, por ser tan valientes ingenios y poder yo acuchillarlos mejor y más á mi salvo en otra parte; por cuya razón descendí del Olimpo y me transporté á la fragua de Vulcano, pensando que, como eran los poetas rayos, se forjarían allí para el acierto; y luego que estuve en la presencia de Vulcano, conociendo mi intención, me dijo de esta suerte:

en buscarles aquí os digo  
que no obraréis con acierto,  
pues no vendrán á mi fragua  
si no es que fueren por hierro.

Estábame acongojando, sin llegar á desmayar en tanta empresa, y discurriendo donde estarían estos poetas (que no haciéndome novedad que fuesen unos hombres perdidos, me la causaban muy grande el que estuviesen tan mal hallados) que acordé que los autores los trataban de divinos, de cuya razón juzgué que estarían en el cielo. Subíome allá la esperanza, llevándome de la mano la razón de encontrarlos gloriosos después de haber logrado mil premios y alabanzas; pero luego me salió al paso Júpiter, que pronunció con majestuosa voz:

no los busque tu cuidado,  
que aquí en el cielo no están;  
que es condenado su oficio  
y son hombres á la mar.

A la mar? dije; no los he de buscar por ahora, que solo una galera con sus airosos remos puede surcar sus cristales salobres, y yo nó, que soy tan poca pala. Y llevado de mis imaginaciones apelé á las Zahurdas de Plutón, pues si estaban condenados por el oficio (según Júpiter me acababa de decir) era preciso hallarlos allá, aunque con pena y trabajo, y apenas llamé á la puerta de su

oscuro seno cuando oí á Plutón decirme: —qué buscas? Respondele: — á los poetas. Repitió que ¿cómo allí? Yo le dí la razón de mi prevenida diligencia de buscarlos, antes que en el mar, en su lóbrego abismo, en esta copla:

porque, si es abismo el mar  
y hubieren del mar salido,  
es muy factible que diesen  
de un abismo en otro abismo.

—Pues no han venido todavía por acá, me respondió, y así véte á la mar siguiendo el consejo de Jove. Hícelo así, y como el sueño me había conducido por una y por otra parte en extásis de la fantasía, quise dejarme llevar de él, con deseo de hallarlos, y apenas puse el pie en las primeras olas (que ciegas daban de ojos contra unas peñas) cuando, despertando del profundo letargo en que me ví sumergido, me hallé introducido en otro mayor, viendo en una carroza á Neptuno, que con su tridente en la mano me hacía señas para que me llegase hacia él. Ejecuté obediente su precepto, y luego me preguntó que á quién buscaba. Respondíle que á los poetas que escribían en la Academia de Palacio. Apolo me dijo que no había visto por allá á ninguno, y sólo había podido brujulear, entre si es ó no es, desde su trono, en la famosa playa y cerro de los Chorrillos una problemática estatura que le pareció ser la del marqués de Brenes, de quien no dudaba hubiese bajado á ella, con el motivo de ver con sus ojos (y aún con los ajenos) una ballena que había varado en aquella costa, y que habiendo hablado con él y pedídole mil Gazetas, observado sus noticias y reparado su estatura,

no pudo, por más que quiso,  
excusarse de admirar  
que hombre tan pequeño tenga  
tan grande capacidad.

Cuya bulliciosa inquietud había sido bastante á revolverle aquel día todas sus aguas; por cuya razón había salido él mismo, en persona, á sosegar el tumulto de las olas, y que había ocasionado un motín tan fuerte entre ellas que, siendo antes muy unidas, rompían entre ellas desde entonces; y que asimismo le había revuelto todos los peces de sus mares, de que quedaba exhausto aquel reino, triste la cuaresma y alegre el carnaval. Díjele que ese caballero era uno de los principales á quien buscaba. Aquí estaba en este instante, me respondió; pero como camina mucho, entiendo que irá largo.—No importa, le repliqué, que sobre ciertas cuentas que tengo que ajustar con él, podrá ser que le alcance.—Mira que es un delfín en el mar y un ave en el aire, me dijo: —No importa eso, proseguí, que por delfín ha de ser pescado, y

he de ir volado por ave; y por lo primero ha de caer en la red barrera de mi vejamen; y por lo segundo no se ha de escapar del tiro del cañón de mi pluma, que asegura el pedestal de mi dureza que ha de dar lumbre en esta ocasión en el incendio que ocasionó, dejándome abrasado el otro día que las lió, poniendo pies en polvorosa y escapándose, tapado de medio ojo, sin descubrirse su intento en el todo con una simulada reserva, que no creí que cupiese en el pequeño andante de sus mentalidades, y esto con la munición de mis versos, haciendo que siendo ella quien dispare eche él los tacos tras de sufrir la carga; pero el vejarle aquí será quitarle de su lugar, por más que el cerro de los Chorrillos me esté haciendo señas que suba para allá á ello, discurrendo yo que

vejarle en esta ocasión  
es fuerza que lo resista,  
que el subir á los Chorrillos  
se me hace muy cuesta arriba.

Creerá con esto, si acaso me oyere, haber escapado; pero no lo crea, por si acaso. Despierto ya, procuré cumplir enteramente con mi encargo, que lo que había hechóme andar el sueño no lo volviese atrás el desvelo, y viendo que ni aún por señas los había hallado en el Olimpo, en el orbe de la luna, en el cielo, en el mar, ni en la fragua de Vulcano, creí que no eran ni de éste ni del otro mundo, y estando en esta suspensión y apartádome de la presencia de Neptuno, confuso y triste, se encaminaron melancólicos pasos hacia una apacible selva, reinado de los pensiles floridos de Babilonia, á quien árboles, fuentes y flores podían hacer plausible estancia y alegre mansión á la deidad de Pomona; y apenas entré en ella, ya desconfiado de hallarlos, más por divertimento apacible que por solícito cuidado de mi malograda (hasta allí) comisión, cuando se me ofreció á la vista un magnífico y soberbio edificio que, con el jaspe y con el mármol que primorosamente le construían, no dejaba más que desear á la imaginación que saber quién era el digno dueño de esta primera maravilla del mundo. Observando la fachada de tan prodigioso milagro de la arquitectura y el poder, vi al dios Cupido que, en Domo de una figura exágona á quien sustentaban seis columnas de orden jónico y remataban en unos vasos de olorosos perfumes, mostraba á la curiosa especulación ser sólo su deidad el sólo ardor de la más noble pasión de las pasiones, y sin que se extrañase de mi conocimiento de reparar que le faltaba venda en los ojos, que no le puso el artífice,

al Amor aunque sin venda,  
pintó, conocí, porque  
pintar al amor no es más  
que pintar como querer.

En otras dos bases inferiores á las suyas dejaban ver otros tantos cupidillos menores

porque, en esto del Amor  
que domina los afectos,  
aunque entre sin más ni más,  
tiene su más y su menos.

El uno de ellos se empleaba en escribir sus perfecciones, y el otro en pintarlas, mientras que Apolo con su lira, y Mercurio con su caduceo, llenaban todo aquel espacio, el uno de su acorde y sonora armonía, y el otro de su fecunda y persuasiva elocuencia, favoreciendo á un mismo tiempo, entre los dos, la Música y la Poesía, de cuyos numerosos plectros, más me quedé admirado, confuso y dudoso, que instruído para poder dar sentencia, allá en mi concepto, ni á favor de la Música que incluye á los músicos, ni de la Poesía que incluye á los poetas, y así habrá de quedar indeciso el pleito de la primacía que podía pretender en su Arte cada uno; pues,

de entre músicos y poetas  
juzgar el pleito no atino,  
porque de ninguno de ellos  
se puede hacer un buen juicio.

El cartucho de enmedio, que se afianzaba entre las manos de otros dos pequeños amores sobre la cornisa del frontón, tenía en lugar de armas un brazo, en cuya mano se veía un mango de plumas de escribir, sin cortar, y más bajo este letrero:

Plumas doy para escribir  
y también para volar,  
pero todas sin cortar.

Y habiéndole leído, hice reflexión de cuán conveniente me sería tomar una de ellas para escribir el vejamen que he de dar á los señores poetas, si acaso les encuentro, para desempeñar mi comisión, sin herir á ninguno en el crédito que tienen tan igualmente establecido; por cuya causa no dudé que seis candidos cisnes, que allí se divisaban en el aire vecinos al Domo, podían servir de Plaustros á su gloria para llevarlos á la inmortalidad merecida, aunque pudiese extrañarse que, siendo los poetas cisnes, se llevaban también dos cisnes, porque

En el empleo de poetas  
sabios, diestros y canoros,  
es lo más extraño que  
se lleven bien unos á otros.

Los dos arcos que se mostraban al mismo andar del atrio de esta sólida y misteriosa arquitectura, servían de puertas á lo interior de aquel imaginado laberinto, y en cada una de ellas (que siempre estaban abiertas) se exhibían á la admiración y al respeto dos grandes y primorosas estatuas de mujeres, adornadas de recamados ropajes de oro y plata, y bien entretejida imaginaria de flores, aves y frutos, coronadas las sienas de frescos y verdes laureles, de quienes pude conocer ser la una la Erudición y la otra la Prudencia; y luego que se me ofrecieron á la reflexión, para mí y para otros también, dije:

De Erudición y Prudencia  
me instruyen las dos efigies,  
que el que dice lo que sabe  
debe saber lo que dice.

En este, pues, estático asombro del Arte estaba contemplando mi limitado discurso, deseoso de averiguar si era palacio ó templo aquel que exitaba con un mismo tiempo á la admiración y al respeto; y al tiempo que estaba dudoso de mi inquieta curiosidad, ví salir por la puerta principal á mi querido Diego Rodríguez que, encaminando todos sus pasos hacia mí, me dijo:—¿Qué hay, señor mio? ¿Por acá está Vm?—Respondíle; no señor, que estoy en otra parte.—Válgame Dios, continuó, quiero decir que qué es lo que busca Vm. en este paraje?—Por ahora, solamente admirarme de ver á Vm. tan crecido y con esa vara (que me pareció de medir versos ú otra mercadería) en la mano. Respondíome que lo uno era consecuencia de lo otro; porque aunque él medía con dicha vara los versos que había dado en hacer estos días, eso mismo le hacía parecer que había crecido más, y sobre todo con la vara que tenía en la mano, porque continuó diciendo:

Aunque ya para crecer  
se me ha pasado la edad,  
fuerza es que hoy sea más alto  
pues tengo una vara más.

Pasé luego á responderle á su pregunta, diciéndole: Yo vine buscando una cosa, y desde que me he visto aquí busco otra cosa de más á más.—Cuales son las dos, dígalas Vm., que yo podrá ser que se las descubra.—Pues sepa Vm. que yo he venido buscando á los poetas que escriben en la Academia de Palacio, para prenderles y vejarles en virtud de comisión despachada que para ello traigo, y desde que ví este edificio, deseo también saber qué cosa sea; porque para mí es enigma encubierto, que no saben descifrar ni el discurso ni la aplicación. Luego que me oyó se dió una palmada en la frente, y con un grande

ademán me dijo: á Vm. no le ha caído la sopa en la miel topan- do consigo. Atajéle, diciendo:

el topar á usted confieso  
que ha sido suerte extremada,  
sabiendo yo que usted es  
un hombre que nunca para.

Pero ya que mi buena fortuna lo ha dispuesto así, y Vm. me insinúa sacarme felizmente de tanta inquietud y empresa, satisfaga Vm. á mi obligación y deseo, en virtud de la confianza que le merezco.—Si haré, me respondió, y para que Vm. no dude de mi fineza, sepa que éste que Vm. admira soberbio edificio es sun- tuoso templo de las nueve Musas, del cual soy yo sacristán. Cau- sóme admiración, y le dije:

que usted sea de las musas  
sacristán, novedad me hace;  
porque entre las damas ya  
no se usan los sacristanes.

—Soylo *ad honorem* no más, me respondió, jubilado en la guar- da ropa de la memoria; y con ocasión de asistir á esta tan honro- sa dignidad, he podido satisfacer á su curiosidad en esta parte; y en cuanto á la restante, y más principal, lo hago también, noti- ciando á Vm. que los poetas que busca, noticiosos de la provisión de encarcelamiento despachada que Vm. trae, se han venido to- dos, toditos á refugiar en este templo y á acojerse cada uno deba- jo del asilo de la estatua de aquella musa, su tutelar, que le in- fluye, defiende y protege. Díjele entonces:

Muy bien han hecho los poetas,  
siendo pobres de por juro,  
en venir á recojerse,  
como tales al *refugio* (1)

—En fin, sea por eso ó por esotro, ellos están aquí, de donde Vm. no podrá extraerlos por ningún caso, aunque sea por ladrones de versos y conceptos ajenos, de asesinos con armas prohibidas de sátiras, de incendiarios de viejas, y también porque

siendo locos, y escribiendo  
de repente, gozan claro  
de inmunidad; pues no pueden  
cometer caso acordado.

—Pues, señor mio, le respondí, ya que no pueda prenderles, por estar en este templo y valerles la inmunidad que han procu-

(1) El Refugio se llamó á un asilo de mendigos en Lima.

rado (la cual yo quiero observar religiosamente, cuando no sea más que por no haber de cargar con ellos) Vm. me los muestre para ver si están tan bien medrados como Vm.; y lo más principal, á fin de cumplir á lo menos con la mitad de mi encargo, que es vejarnos como se me ha ordenado, y por lo que me han hostigado hasta dos de ellos, que cada uno (aunque por diferente camino) me han dado á mí una y otra mano bastantemente pesada de vejamen, áun antes de haber soñado yo en éste, por cuya causa reconozco también serme preciso poner manos á la obra,

que la ocupación que tengo  
pide, y de fiscal el cargo,  
á pesar del ocio que  
no esté mano sobre mano.

—Pues venga Vm., me dijo, nuestro medidor Diego Rodríguez, y entre Vm. por esta puerta conmigo, y sígame. Hícelo así contentísimo de verme ya introducido en el vejámen, y con la asistencia de su aplicada vivacidad en un espacioso salón donde, en diferentes nichos de sólidos y estables pórfidos, enriquecidos de preciosos pedestales y columnas de diásperos, se dejaban venerar unas nueve estatuas de mujeres, en cuyas proporciones reguladas y bien observadas dimensiones (dejando el Arte apurada toda la natural semejanza con su estudio) se podía decir mucho mejor que dijo Solís de la estatua de Praxiteles, que quedó en nada un bulto majestuoso de las nueve musas, tan naturalizado lo viviente como violento lo mudo.

Dijome entonces Rodríguez:—Cada estatua de estas que Vm. ve y admira es una musa de las nueve del coro armonioso del Parnaso; y en cada nicho de ellas, acogido á su protección é inmundad, verá Vm. uno de los poetas que busca refugiados. Vaya Vm. observándolos, poco á poco, y ya que no puede sacarlos del asilo en que los viere, véjeles Vm. cuanto quisiera, que ni á ellos, ni á mí, ni á las musas, como Vm. no los extraiga, no se nos da nada de que les diga cuanto se le antojare;

porque las musas y poetas  
diestros, valientes y doctos,  
no hacen caso de palabras  
sino solo de los obras.

—Así lo haré como Vm. me lo previene; pero con la circunstancia de que Vm. me acompañe y me responda á las preguntas que hiciere.—Sea muy en hora buena, que así lo haré, me dijo. Y cátales por do viene luego al instante el vejamen por la calzada, diciendo á voces á los poetas

guarda el Vejamen, que es moro,  
y en el diván de su fallo,  
sin guardar ley con ninguno  
ha de hacer desbautizaros.

### Vejamen

CLYO Y EL DOCTOR DON PEDRO JOSEPH BERMÚDEZ

Pasando, pues, á reconocer venerando aquellos sagrados nichos de la inmortalidad, ví en el primero de la mano derecha del óvalo, que estaba magestuosamente una dama vestida de un rico ropaje de oro y plata, coronada de laurel, con una pluma en la mano derecha que tenía levantada, y la izquierda que se aseguraba sobre un tachonado libro de esmeraldas, sentada sobre otros de Historia que le servían de cojines; y al rededor de su casi animado bulto, se admiraban, de artificioso pincel y de diestra mano, muchas batallas con instrumentos bélicos, matemáticos, músicos, armas, carros triunfales, libros de Música y de Poesía, banderas, estandartes, torres, ciudades y edificios, que adornando los tableros de sus inmortales paredes, eran instrumentos ejemplares de la moderna Historia y antigua, haciendo, con la visera del pincel y acierto del buril, tan patente lo pasado como real y verdadero lo presente, dignísima ocupación de esta divina Musa, de quien dijo nuestro insigne y nunca bien entronizado Quevedo:

A la fama y á la gloria  
que yo doy el tiempo cede  
sus injurias, que no puede  
la edad contra la memoria.  
Plectro es mi pluma elocuente,  
deidad mi voz que, atrevida,  
vuelve al ya muerto á la vida,  
y hace lo que fué presente.

Habiendo saludado, como pude, tanto respetuoso trono de magestad y erudición, reparé que en el homenaje más alto de una que se representaba elevada torre, y que á fuer de dama antigua todavía llevaba guarda-infante, se descubría por entre la luz de muchas troneras un hombre que, como temeroso de que le descubriesen, se escondía entre las flores de la Poesía y los frutos de la Historia (de que estaba entablado todo el nicho) dejándose